

BORRADOR

No circular fuera del SP/CAS/IDES y no citar.

Entre la pureza y el barro. La protección de *las ideas de la libertad en la política*

Lamentamos informar a la opinión pública que, debido a las conversaciones recientemente mantenidas por el Equipo Espert con el Dr. Alberto Asseff, en representación del Partido UNIR, y dados los antecedentes políticos e ideas vertidas por su grupo de gente, contrarias a las ideas de la libertad de las que no sólo estamos convencidos, sino que consideramos como forma de vida y único camino hacia la prosperidad individual y como sociedad, los aquí firmantes nos vemos obligados a dejar de sostener la candidatura de José Luis Espert a la Presidencia de la Nación para las próximas elecciones del 2019 en el presente contexto.

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 6 de marzo de 2019
Javier Milei, Diego Giacomini, Mariano Fernández, Gustavo Lázzari y Adolfo Paz Quesada

1. Introducción

En estas páginas nos proponemos analizar las formas de intervención en *política* preferidas por los *liberales* atendiendo a su relación con la reproducción de éstos como grupo de élite. Ello conllevará una aproximación a las concepciones nativas de política de este grupo, es decir, de las “formas socialmente situadas de entender la política y de hacerla cuyo foco son las maneras en que los actores entienden los qué, para qué, cómo y porqué del hacer política” (Balbi 2017:11), tópico indisolublemente ligado a la problemática del valor.

Para comenzar, será preciso avanzar en una definición del objeto. A partir de 2018 las intervenciones de actores identificados como “liberales” ganaron renovado espacio y visibilidad en la discusión pública en Argentina. De hecho, muchos de los protagonistas de este proceso lo consideran un fenómeno inédito, por lo menos, desde la década de 1980. En este marco, entre otros aspectos, se inició un intenso proceso de creación y reconfiguración de fuerzas políticas ligadas al movimiento liberal, aún en curso al momento de escribir este capítulo.

En el universo de actores que denominamos ‘movimiento liberal’, el término “liberal” reviste una multiplicidad de sentidos según actores y contextos. Aquí nos enfocamos en los *liberales*, por quienes referimos a un grupo de élite compuesto por sujetos que se expresan y actúan en términos de ciertos valores compartidos y que integran -o están significativamente ligados- a redes transnacionales de instituciones “académicas” tales, como *think tanks* y universidades, dedicadas a la producción y difusión de un corpus de conocimiento al que refieren como las *ideas de la libertad*.

Esta especificidad es significativa, en tanto la identidad “liberal” de otros actores implica sentidos diferentes -en casos, en disputa con los predominantes en la élite *liberal*- y se apoya en trayectorias distintas. Entre los *liberales* y otros “liberales” existen múltiples relaciones, tanto de cooperación como de disputa, y dichos vínculos complejos son fundamentales para el estudio de los procesos políticos contemporáneos. No obstante, ello es secundario a los objetivos de esta presentación, en la que nos centraremos en lo relativo al grupo de élite.

Como quizás sospeche quien lee, los términos hasta aquí vertidos remiten a un conjunto de individuos y corrientes frecuentemente caracterizadas como “neoliberales” (i.e. Morresi, 2008; Plehwe, 2009), y excluye otras corrientes ligadas a la tradición liberal. Entendemos que dicho término -apropiadamente definido- puede revestir utilidad analítica para diversas discusiones. Sin embargo, en este capítulo preferiremos la categoría nativa, en tanto procuramos aproximarnos a cómo estos actores producen sus prácticas y cómo ello se relaciona con ciertos valores de grupo y arreglos institucionales.

Los *liberales* continuamente clasifican sus acciones en pos de transformar la realidad argentina en términos de dos categorías: la *política* y la *batalla cultural*. Ambas representarían caminos complementarios y necesarios para superar lo que perciben como un largo período histórico de decadencia. Sin embargo, estas categorías involucran distintos objetivos y significados, así como tienden a implicar prácticas (concebidas como) distintas. Como una primera aproximación, la *política* es referida en términos institucionales -más específicamente, ligados al gobierno, el acceso a éste y las pujas partidarias-, mientras que la *batalla cultural* remite a la disputa de las ideas y valores predominantes en una sociedad. Analíticamente vemos ambos caminos como entrelazados en las prácticas políticas de los *liberales*. Sin embargo, observar cómo y en qué contextos son puestas en juego una categoría u otra será relevante para entender cómo los *liberales* conciben el hacer política y, con ello, las relaciones que establecen entre sí y con otros grupos.

El argumento seguirá el siguiente recorrido. En primera instancia nos detendremos en los *liberales* como grupo de élite prestando atención a las redes de instituciones académicas desde las que estos coordinan sus prácticas. Luego observaremos cómo dichas prácticas e instituciones están concebidas y clasificadas en vínculo con *las ideas de la libertad*, como el principal valor de grupo en relación con el cual los *liberales* conciben sus relaciones entre sí y con otros actores. Finalmente, abordaremos cómo ello es puesto en juego en las formas privilegiadas de intervención en *política*, atendiendo a su productividad en la reproducción del grupo de élite.

Para un abordaje más extenso sobre este proceso en curso ver Coto (2021).

2. *Liberales* como grupo de élite

Al referirnos a los *liberales* como grupo de élite nos inspiramos en la formulación realizada por Abner Cohen, quien define a una élite como

“un colectivo de personas que ocupan posiciones de mando en alguna esfera relevante de la vida social, y quienes comparten una variedad de intereses a partir de similitudes en su entrenamiento, experiencia, deberes públicos y modos de vida. Para promover estos intereses buscan cooperar y coordinar sus acciones por medio de una organización corporativa" (1981, p. xvi)

En nuestro caso, entendemos a los *liberales* como un grupo de élite fundamentalmente organizado en redes transnacionales de instituciones que sus miembros conciben como “académicas”, tales como universidades y *think tanks*/fundaciones. Al respecto, retomamos lo dicho por Plehwe y Walpen (2006, p. 28), quienes atribuyeron “la persistente fuerza de paradigmas neoliberales en particular (mas no exclusivamente(...)) a redes bien desarrolladas y establecidas de producción de conocimiento, difusión, intelectuales y *think tanks* neoliberales”. A este señalamiento, enfocado en el aspecto intelectual, añadimos que dichas redes desempeñan -y/o procuran hacerlo- un papel fundamental en la articulación de estos actores con élites políticas y del capital privado. Si bien por economía de lenguaje al hablar de *liberales* nos referimos al capítulo nacional de este grupo, se debe tener en cuenta que dicho carácter transnacional es un aspecto fundamental del proceso de formación histórico de esta élite, así como de su proceso de reproducción material y simbólica.

Vale aclarar que no pretendemos indicar que dichas redes de instituciones “académicas” sean los únicos ámbitos en que se desempeñan los *liberales*; de hecho, más adelante atenderemos a partidos políticos, y también, tal vez la mayoría, se desempeñan en diversas ramas de actividad privada. Sin embargo, las referidas redes tienen un lugar central en lo relativo al grupo de élite, en tanto es a través de estos arreglos institucionales que los *liberales* coordinan lo que Cohen (1981) denomina funciones particularistas y universalistas del grupo de élite. Esto es, por un lado se organizan de modo tal que sostienen la reproducción sus miembros como parte del grupo de élite. Al respecto, por ejemplo, es justamente en el marco de estas redes de instituciones que los *liberales* son reclutados en el grupo y se establecen rutas para su crecimiento profesional. Por otra parte, las funciones universalistas se vinculan con la necesidad de un grupo de élite de legitimar su posición de preeminencia presentando su accionar como beneficioso para el conjunto de la sociedad. Así, por medio de su accionar en esas instituciones (y en relación con ellas), los *liberales* se proyectan a sí mismos y a sus posiciones como aquellas que pondrán fin a la “decadencia” de Argentina iniciando

una nueva etapa de prosperidad, lo que constituye uno de los objetivos fundamentales de la *batalla cultural*.

La conciliación de estas funciones requieren que el grupo de élite consiga proyectarse como portador de características excepcionales, en un proceso que Cohen entiende con el concepto de “mistificación”. Así, la reproducción del grupo -en su carácter de élite- requiere que dicha mística sea continuamente producida con algún grado de eficacia.

“[L]a mística es no es solo una fórmula ideológica, sino también un modo de vida, manifestado en patrones de comportamiento simbólico que puede ser observado y verificado. La ideología es objetivada, desarrollada, y mantenida por un elaborado cuerpo de símbolos y performances dramáticas (...) Estos patrones de actividad simbólica surgen de distintas motivaciones personales y sirven a una variedad de propósitos, por lo que no pueden ser descartados como meras estrategias adoptadas para legitimar una ideología de élite [*eliteness*]. No obstante, ellos están invariablemente en una relación íntima con dicha ideología, y sus consecuencias, a pesar de que a menudo son involuntarias para los actores, son cruciales para el mantenimiento de grupos de poder. El contenido ideológico y las performances dramáticas continuamente interactúan formando un culto del elitismo [*cult of eliteness*] (...) Pero el culto es, sin embargo, esencialmente instrumental, en el sentido que valida el estatus de la élite a los ojos del público, y confiere a esa élite la convicción de que están naturalmente calificados para su posición” (Cohen 1981: 2-4)

Respecto de los *liberales*, esta mística (que también podemos pensar en términos de *distinción*) se erige principalmente sobre formas de comportamiento simbólico que afirman y proyectan una superioridad intelectual y moral. Nuestra relativa preferencia por el término “distinción” se debe a que Cohen enfatiza el carácter “misterioso” que rodearía a los símbolos de la superioridad de una élite en una sociedad formalmente igualitaria. De esta manera, aquello que diferenciaría a un grupo de élite se basaría en cualidades que eludirían una definición precisa y, por lo tanto, las posibilidades de acceso al grupo de élite por el común de la gente. En lo relativo a los *liberales* ese “misterio” no está ausente; sin embargo, existen algunos matices que deben ser tenidos en cuenta. Por un lado, la supuesta excepcionalidad de los *liberales* está constituida en vínculo con teorías sistematizadas sobre las cuales los sujetos ejercen cierto trabajo de reflexividad. Por otro, y relacionado a lo anterior, los mecanismos de reclutamiento en el grupo de élite son claramente restrictivos, pero esa limitación es cualitativamente distinta al caso analizado por Cohen en el cual los mecanismos de inclusión enmascaraban una exclusión basada en aspectos étnicos. Además, probablemente el término “distinción” sea menos opaco para quien lee. Así, proponemos utilizar “distinción” o “mística” de modo intercambiable, aunque sostendremos el término “mistificación” para referir al proceso de re/producción de dicha distinción.

Redes de instituciones académicas

Una presentación acabada del grupo de élite aquí analizado implicaría una reconstrucción histórica de la formación de esta élite, en la cual se entrelazan procesos a escala nacional y transnacional; lógicamente, esto escapa a las posibilidades de este texto. Aquí nos limitaremos a desarrollar cómo las redes de instituciones académicas *liberales* están relacionadas a ciertos valores que atraviesan las prácticas de los miembros del grupo de élite y que operan como fundamentos de la mistificación del mismo.

Con este fin, partimos de una narrativa nativa escuchada y leída (sin variaciones relevantes) en numerosas instancias de la investigación (i.e. Marty 2015). La misma será útil para percibir como las redes de instituciones encarnan (o son vividas como si lo hicieran) un proyecto de transformación atravesado por una concepción que sitúa a intelectuales y académicos como actores cruciales de la definición del rumbo social a largo plazo, por oposición a las disputas políticas coyunturales.

Comentan los *liberales* que a mediados de siglo xx, Anthony Fisher, un empresario británico que había combatido en la segunda guerra mundial se sintió profundamente inspirado tras leer *Camino de servidumbre* de Friedrich Von Hayek. Como consecuencia de ello, se entrevistó con el autor -que entonces enseñaba en la London School of Economics e impulsaba la Sociedad de Mont Pèlerin²-, a quien expresó la intención de crear un partido político que siguiera sus ideas. En esta conversación, Hayek disuadió a Fisher e insistió en que el modo más efectivo de llevar adelante las transformaciones deseadas no consistía en participar directamente de las disputas políticas partidarias, sino en enfocarse en la difusión de las ideas. Siguiendo el consejo del intelectual austriaco, Fisher fundó el primer *think tank liberal* de Gran Bretaña, el *Institute of Economic Affairs (IEA)*, en 1955. Con el rutilante éxito que habría tenido esta institución, especialmente plasmado en su influencia durante el gobierno de Margaret Thatcher, la prioridad de Fisher y otros *liberales* habría pasado a replicar el modelo del IEA. Así, Sir Anthony Fisher, habría dedicado su vida a desarrollar las relaciones entre empresarios y “el mundo académico” y, además de otras numerosas organizaciones, en 1981 fundó la *Atlas Economic Research Foundation* (de aquí en más, Red Atlas). Como veremos, ésta tuvo una enorme influencia en el desarrollo de redes de *think tanks* en todo el globo.

En esta anécdota se pone en juego una concepción sobre la transformación política y la naturaleza humana, en parte elaborada por el mismo Friedrich Von Hayek (2011), a la que los *liberales* argentinos adhieren. Aquí, las ideas aparecen como el elemento determinante de la acción individual y, por lo tanto, de las disputas políticas. Como escribiera Hayek, “lo que para un observador contemporáneo aparece como una lucha entre intereses contradictorios, de hecho, con frecuencia se ha decidido mucho tiempo antes, en un enfrentamiento de ideas [*clash of ideas*] limitado a círculos restringidos” (Hayek, 1949, p. 372). En relación con ello, Hayek utilizó la metáfora de una pirámide en la que las ideas descenderían desde una pequeña cima (en la que son

² La Sociedad de Mont Pèlerin, fundada en 1947, es un colectivo integrado por intelectuales “neoliberales”, así como -en menor medida- empresarios, periodistas y políticos (Plehwe, 2009). Plehwe ha destacado el rol de esta comunidad en la coordinación y desarrollo transnacional y transdisciplinar en la producción y circulación de conocimiento de diversas corrientes “neoliberales”.

operadas en sus modos más abstractos y generales), alcanzando progresivamente formas más concretas y operables por sectores más amplios de la población (Hayek, 2011). Éste no sería un proceso lineal, sino que las ideas se transformarían, al menos en parte, a medida que atraviesan distintos niveles, movilizadas por periodistas, docentes, artistas, entre otros. Sin embargo, aquellos con la capacidad de operar ideas en sus formulaciones abstractas en la cima de la pirámide, los **intelectuales y académicos**, serían agentes fundamentales de este proceso.

Estas reflexiones no son aquí evocadas por una conexión ideológica abstracta con el objeto de nuestro trabajo. Por el contrario, la adhesión de *liberales* argentinos a las mismas es a menudo explícita y podría decirse que éstas permean significativamente las formas en que los *liberales* producen (y experimentan) sus prácticas políticas, así como sus relaciones entre sí y con otros actores. Sin ir más lejos, la referida clasificación de las prácticas políticas entre la *batalla cultural* y la *política*, como caminos complementarios pero con cargas valorativas disímiles, está atravesada por esta distinción entre el enfrentamiento de ideas y la disputa política, que será clave para el resto del trabajo.

Como deja entrever el relato reproducido, y esto es lo principal para nosotros, este tipo de consideraciones ha tenido un lugar relevante en el desarrollo histórico de los arreglos institucionales desde los cuales los *liberales* coordinan sus actividades desde mediados del siglo xx (Haidar, 2017; Plehwe, 2009).³ Al respecto, será útil volver sobre el caso de la Red Atlas para trazar conexiones más explícitas entre aquellas instituciones del Atlántico Norte y los *liberales* que son objeto de mi propia investigación. Justamente, la Red Atlas ha sido señalada como el principal actor de la “segunda oleada de *think tanks* neoliberales”, desarrollada a partir de la década de 1980 y caracterizada por la conformación de instituciones con una mayor coherencia y unidad ideológica que las instituciones *liberales* de mediados de siglo (Fischer & Plehwe, 2017; Heredia, 2004). La Red Atlas se dedica a aportar financiamiento, saber-hacer, y contactos a “emprendedores intelectuales”, con el objetivo de consolidar instituciones que produzcan y difundan las ideas *liberales*, especialmente de libre-mercado. Muchas instituciones de Argentina se beneficiaron de

³ “Aunque no necesariamente sin fricciones, a través del tiempo las redes neoliberales desarrollaron una meticulosa división del trabajo intelectual, la cual fue en ocasiones descrita en términos militares por los estrategas del Institute of Economic Affairs. De acuerdo a Frost (2002), los *think tanks* proselitistas que organizan la producción académica de publicaciones hechas a medida para audiencias específicas constituyen la artillería de largo alcance; tanto los *think tanks* y los periodistas dedicados al marketing de obras neoliberales (reseñas de libros, entrevistas, discursos en eventos, etc.) son considerados la artillería de corto alcance; mientras que los políticos neoliberales y otros tipos de activistas están involucrados en el combate cuerpo a cuerpo. La percepción de la necesidad de mantener una posición radical respecto a las transformaciones fundamentales a largo plazo, en lugar de abrazar de modo oportunista el cambio posible en el corto plazo, llevó a los neoliberales a combinar actividades académicas de élite con escritos populares, y una intermitente sofisticación con simplificaciones populistas. Dado que muchos observadores se enfocan únicamente en el aspecto de marketing de las acciones neoliberales, no consiguen apreciar la red de producción académica” (Plehwe, 2009, p. 6).

este apoyo durante su período fundacional y siguen siendo parte de la Red Atlas (Marty 2015)⁴. Simultáneamente, algunos de los *think tanks* alcanzados replican acciones similares a escala nacional, impulsando la creación de *think tanks* en otras ciudades y aportando contactos y saber-hacer institucional (Bongiovanni, 2011).

La relevancia de la construcción de redes transnacionales puede ser percibida a través del siguiente relato de Gerardo Bongiovanni, fundador de la Fundación Libertad, creada en Rosario en 1988:

En numerosas ocasiones se me ha preguntado sobre qué contribuyó a convertir la Fundación Libertad en una organización importante y consolidada. La respuesta no es sencilla; ha sido un proceso largo y continuo, en el que interactúan muchas acciones, individuos y circunstancias. Sin embargo, creo que los años 1992-93 fueron un punto de quiebre en el curso de nuestra organización; fue el tiempo en el que comenzamos a “volvemos internacionales”. Como en tantas otras oportunidades, la Atlas Economic Research Foundation ocupó un rol clave en este logro. Luego de invitarme a un *workshop* en Punta del Este, Uruguay, a finales de 1991, Alex Chafuén nos dio su apoyo y, más importantemente, nos proveyó acceso a su impresionante red de contactos. Sin dudas, puedo decir que, de toda la gente que he conocido en el “movimiento de libre-mercado” (y, a decir verdad, conozco un montón de gente), entré en contacto con el 80% de ella gracias a Atlas.

(...) En los años siguientes, la Fundación Libertad invitó a Argentina a siete ganadores del Premio Nobel de Economía (incluyendo a Gary Becker y James Buchanan), numerosos intelectuales (incluido Paul Johnson, Mario Vargas Llosa y Jean François Revel) y más de 200 conferencistas de 50 países del mundo. También nos convertimos en miembros de diversas redes internacionales y organizaciones, tales como la Economic Freedom Network y la red de la Friedrich Naumann Foundation, aprendiendo de nuestros colegas en un proceso realmente enriquecedor. (Bongiovanni, 2011, p. 47).

Como se observa en esta cita, además de la Red Atlas, existen múltiples redes de instituciones en diversas escalas, que se superponen en términos geográficos y de sus miembros y por las cuales fluyen diversos tipos de recursos. Las distintas instituciones que integran estas redes en Argentina presentan diferencias relevantes tanto en sus pesos específicos como en el tipo de actividades que desarrollan. Las más consolidadas, entre las que se cuenta la Fundación Libertad, cuentan con áreas de investigación, elaboración de propuestas de políticas públicas, entrenamiento de grupos de jóvenes, publicaciones regulares, reuniones con influyentes referentes políticos y empresariales, extensos consejos académicos y consultivos, entre otros aspectos⁵.

⁴ Actualmente, la Red Atlas conecta 474 organizaciones de todo el mundo. De ellas, 102 están basadas en América Latina y el Caribe y 14 en Argentina. Entre 1991 y 2017, la Red Atlas fue presidida por el argentino-estadounidense Alejandro Chafuén.

⁵ Las relaciones con actores relevantes del capital privado a escala municipal, regional y nacional son centrales en sus actividades y en el sostenimiento material de estas instituciones. Los *think tanks liberales* establecen distintos tipos de relaciones con empresarios: reciben aportes de estos en calidad de miembros/socios, producen reportes de análisis económico y político que aquellos utilizan como insumos, realizan propuestas de políticas públicas, orientan charlas temáticas sobre temas de interés, organizan jornadas y encuentros que reúnen empresarios, políticos y comunicadores, y, en la práctica, sostienen en medios de comunicación posiciones afines a sus intereses.

A su vez, cabe notar la existencia de matices entre los *liberales*, éstos no constituyen un grupo completamente homogéneo. Como observaran Plehwe y Fischer (2019) mientras algunas instituciones *liberales* enfocan su labor en producir y popularizar “doctrina pura”, otras están orientadas a influenciar la producción de políticas públicas, y pueden ser más explícitos en apoyo a determinados procesos políticos. Por ejemplo, la Fundación Libertad ha tenido cercanía al gobierno de Mauricio Macri durante su Presidencia entre 2015-2019 y en la actualidad provee apoyos explícitos a sectores de Juntos por el Cambio. Más adelante trataremos temas afines a este al analizar las modalidades de intervención en *política* preferidas por los *liberales*.

En el curso del trabajo de campo realizado observamos diversos tipos de actividades vinculadas a estas instituciones, usualmente entendidas como parte de la *batalla cultural*. De modo sintético, esto refiere a prácticas orientadas a difundir *las ideas de la libertad* entre distintos tipos de audiencias, disputando contra las ideas y valores del “populismo” y “socialismo”, que serían dominantes en Argentina y que habrían desatado una larga etapa de decadencia en el país hace por lo menos 70 años. Algunas de éstas actividades fueron conferencias, congresos, seminarios académicos, presentaciones de libros, homenajes a “campeones de la libertad”, participaciones de *liberales* en medios de comunicación, entrevistas, “vivos” de Instagram, cursos de historia argentina y pensamiento *liberal* a través de Youtube, así como otras interacciones en redes sociales. Las prácticas de los *liberales* en estas actividades serán útiles para reflexionar sobre la valorización al interior del grupo de élite, en relación a la producción y difusión de *las ideas de la libertad*. Si bien los individuos raramente se dedican exclusivamente a una actividad, fundamentalmente diferenciaría tres tipos de tareas en “el mundo de las ideas” que notamos especialmente prestigiadas entre *liberales*.

En primer lugar, la difusión de *las ideas de la libertad* mediante la actividad *docente* en cursos, seminarios y conferencias apareció como marcadamente reconocida.⁶ Individuos destacados en estas tareas fueron continuamente resaltados en el curso de las observaciones realizadas, y las interacciones con los más encumbrados de ellos a menudo involucraron muestras de respeto ritualizadas, por ejemplo mediante los apelativos “maestro” o “profesor”. Mientras que la difusión de *las ideas de la libertad* en contextos no académicos también es objeto de reconocimiento, en lo relativo al grupo de élite existe una clara jerarquización entre éstas y las performances en contextos académicos. Una segunda actividad altamente valorada por los *liberales* es la *investigación*. En este

⁶ Simétricamente, la noción de que para ser *liberal* es preciso leer a los autores y perfeccionarse mediante el estudio fue frecuentemente enfatizada. Más aún, este aspecto apareció como una línea divisoria entre *liberales* y jóvenes “liberales” que se habrían acercado recientemente a *las ideas de la libertad* a través de videos de Youtube, pero quienes no estarían educados en las *ideas*.

punto, en virtud de las observaciones realizadas, no solo pareciera apuntarse a la indagación teórica en torno a las *ideas de la libertad*, sino también al trabajo en relación a asuntos de coyuntura, especialmente económica, que alimentan los reportes y propuestas de políticas de los *think tanks*. Estas investigaciones serían luego presentadas en formatos de artículos académicos, ponencias, libros y seminarios en *think tanks* y universidades. De hecho, algunos de los eventos organizados por *think tanks* liberales durante el trabajo de campo fueron, en efecto, congresos, conferencias académicas y lanzamientos de libros. Por último, el trabajo institucional que provee la infraestructura para la difusión de las *ideas* y el establecimiento de vínculos con diversos actores de sectores políticos y empresarios -crucial para la reproducción material del grupo-, también parece ser una actividad significativamente valorada. Para recuperar ejemplos ya referidos en estas páginas, en distintas escalas, este ha sido el trabajo de figuras reputadas como Sir Anthony Fisher o Gerardo Bongiovanni.

En todo caso, entiendo estas actividades como vías mediante las cuáles los *liberales* pueden desarrollar su carrera al interior de las redes transnacionales de instituciones académicas. En ese sentido, estarían relacionadas con la posibilidad de acceder a mejores posiciones laborales y ser objeto de reconocimiento por las actividades desarrolladas en “el mundo de las ideas”. No obstante, las posibilidades no se limitarían a ese ámbito. El desarrollo de actividades profesionales, así como la realización de instancias formativas, en fundaciones y universidades *liberales*, favorecen las vinculaciones de estos individuos con sectores destacados del capital privado en diversas modalidades, tales como pasantías, tareas de consultoría, manejo de activos financieros, entre otras.

En síntesis, los *think tanks* y universidades *liberales* son instituciones cruciales en lo relativo a las prácticas de los *liberales*. Mediante estos arreglos institucionales los *liberales* estratégicamente articulan entre sectores académicos, empresarios y políticos. Observo estas instituciones como la principal infraestructura de los *liberales* en Argentina. Por un lado, desde estas instituciones llevan adelante prácticas necesarias para la reproducción de los *liberales* en términos materiales y simbólicos: capturan y canalizan financiamiento; ofrecen cursos, seminarios y conferencias, incluso titulaciones; proveen oportunidades para el desarrollo profesional de sus miembros, por ejemplo al asignar becas, facilitar pasantías, conectar profesionales con el sector privado; organizan actividades frecuentes con *liberales*, produciendo y reproduciendo las relaciones que unen a estos actores. Por otra parte, los *think tanks* llevan a cabo los principales aspectos de las prácticas políticas de los *liberales*: producen los reportes “técnicos” sobre los que argumentan luego sus posiciones en diversos temas; formulan propuestas de políticas públicas; abogan por ciertas políticas por medio del lobby, consultoría y participación en medios. A su vez, proveen las

estructuras institucionales desde las cuales los *liberales* traban relaciones con otros grupos no estrictamente ligados al “liberalismo”. En pocas palabras, estas redes de instituciones constituyen los ámbitos más relevantes para la coordinación de las prácticas de los *liberales* y, en ese sentido, son esenciales para la realización de las funciones particularista y universalistas de este grupo de élite.

3. Las ideas de la libertad

Como planteáramos previamente, los *liberales* refieren a las “ideas” como el aspecto determinante de la conducta individual, y es al nivel de las “ideas” en que, expresan, tienen lugar las disputas que determinan el rumbo político a largo plazo. En particular, *las ideas de la libertad* serían aquellas que “liberaron a la condición humana”, abriendo paso a una transformación radical del mundo a partir del siglo xviii (“las ideas que sacaron a cientos de millones de la pobreza”, como escuché en varios eventos). En una clave nacional, éstas son referidas como aquellas que alumbraron a los grupos dirigentes en la fundación del estado-nación argentino en la segunda mitad del siglo xix, y que habrían convertido a Argentina en “uno de los países más ricos del mundo”. En ese sentido, las *ideas de la libertad* son representadas como la más sublime fuente de progreso material, intelectual y moral. Paralelamente, los *liberales* las señalan como una fuente de inspiración, y su difusión es a menudo apuntada como una fuente de satisfacción personal.

Si bien éste no es el lugar para un desarrollo extenso sobre a qué remiten estas *ideas* -menos aún para hacer un análisis crítico de las mismas-, es pertinente hacer algunos comentarios que sitúen lo referido. El punto de partida de *las ideas de la libertad* tiene que ver con una concepción de libertad entendida en términos individuales y negativos (libertad frente al estado, principalmente). Los derechos individuales son concebidos como derivados del respeto a esta libertad y, de hecho, para los *liberales* el rol fundamental de las instituciones republicanas consistiría en garantizar la libertad individual. Entre los derechos individuales a proteger, la propiedad ocupa un lugar central, junto a otro como la vida y la libertad de expresión.

Es notable que en el discurso de los *liberales* el individuo es presentado como el único agente real; las únicas excepciones observada a esto en el trabajo de campo tuvieron que ver con unas pocas narrativas históricas en las cuáles las ideas mismas fueron referidas como agentes de la acción y los individuos aparecieron como medios de esas ideas, pero ello fue inusual. En diversas instancias del campo notamos referencias a que “sociedad”, “clase” o “pueblo” constituyen abstracciones, cuya consideración como actores conlleva necesariamente a visiones distorsionadas y, en consecuencia, a la opresión de individuos por el colectivo. Por ejemplo, éste sería el caso de

los derechos sociales, considerados “pseudo-derechos”, los que se basarían en la opresión de una minoría cuyas libertades (en la forma de su propiedad privada) serían “atacadas” mediante impuestos. Este tipo de acción, consideran los *liberales*, es producto de gobiernos autoritarios que se arrogan el derecho de imponer un orden social concebido racionalmente y llevado a cabo de un modo centralizado. En oposición a ello, los *liberales* conciben el “estado de derecho” como la igualdad ante la ley, y favorecen la descentralización de los poderes estatales y la defensa de un “orden espontáneo”, emergente de la acción descentralizada de cada individuo.

Las regulaciones son, en general, entendidas como llevando a distorsiones y resultados generales sub-óptimos. En todo caso, es crucial resaltar que para los *liberales* el problema de esas intervenciones no estaría únicamente dado porque conlleven a resultados sub-óptimos. Más allá de eso, los *liberales* conciben las intervenciones estatales como inmorales, en tanto implicarían un daño a la libertad individual y, por lo tanto, estarían marcadas por el autoritarismo.

Si bien la mayoría de los *liberales* se identifican como *liberales clásicos*⁷ y consideran que el Estado es necesario para cumplir unas pocas funciones -tales como seguridad, justicia-, incluso entre ellos permanece una mirada de desconfianza sobre ese poder centralizado del Estado y las personas que lo integran.

En ocasiones se hace referencia al carácter dinámico de las *ideas* como producto de un proceso de refinamiento que podría, incluso, ser trazado hasta períodos previos a los escritos de John Locke. Sin embargo, más allá del carácter dinámico a veces declamado, es notorio que las *ideas* son usualmente expresadas como una especie de “verdad”, y posiciones alternativas suelen atribuidas a la inferioridad moral o intelectual de las contrapartes (i.e. autoritarismo/corrupción o ignorancia/estupidez). Ello no es completamente contradictorio; para los *liberales* las *ideas* se han demostrado empíricamente como una fuente de progreso e ilustración en todas partes en que fueron diseminadas.

Las ideas de la libertad como valor

Será útil pensar estos procesos en términos de valorización. Siguiendo a Graeber (2018), el valor remite a lo que es *deseable* dentro de un grupo: no solo tiene que ver con aquello que las

⁷ La identificación como *liberales clásicos* está en consonancia con escritos de Hayek (2011) quien pretendió revitalizar lo que entendía como la tradición liberal clásica, en contraposición al liberalismo moderno, de tinte “racionalista” y políticamente afín a posiciones socialdemócratas.

A su vez, en el contexto del trabajo de campo la noción de *liberal clásico* en general operaba en oposición a *libertario*, pero agrupando a sujetos afines a distintas corrientes *liberales*, tales como gran parte de los *austríacos* (seguidores de la Escuela Austríaca de Economía) o aquellos más próximos a la Escuela de Chicago, entre otros. Vale la pena recordar que aquí estoy presentando aspectos de la perspectiva nativa. Morresi (2008) ha observado las diferencias entre la tradición liberal clásica y autores “neoliberales”.

personas desean, sino con lo que *deberían* desear. En consecuencia, el valor tiene un lugar conceptual privilegiado a la hora de entender la relación entre motivación individual y la reproducción de determinada totalidad social.

De esta manera, el proceso por el cual los *liberales* procuran su crecimiento individual en el seno de las redes de instituciones académicas es parte del mismo proceso por el cual ese grupo es reproducido. De modo no exhaustivo, a modo de ejemplo, se puede observar que la competente investigación y difusión de las *ideas*, sobre todo en contextos institucionalizados, simultáneamente a) prestigia a quien la lleva adelante -y, a la postre, lo habilita a ocupar posiciones de mayor relevancia en las redes de instituciones *liberales*-, b) es parte esencial del reclutamiento de nuevos integrantes en el grupo de élite y su formación en los valores y modos de ser propios de éste, y c) presta sustento a las reformas, acciones y relaciones que los *liberales* consideran deseables, incluidas aquellas con sectores del capital privado que sostienen la actividad de los *think tanks*. Vemos así que la valorización de las *ideas de la libertad*, la valorización de un individuo como parte del grupo de élite y la mistificación del grupo de élite son procesos distintos, pero íntimamente interrelacionados. Estos procesos, y las formas en que son realizados, en modo alguno pueden asumirse como dados; bien por el contrario, son objeto de una producción dinámica continua y situada en la que, a la vez, son recreados y transformados.

De acuerdo a Graeber, aquello que es valorado usualmente asume una representación reificada que es fetichizada como la fuente misma del valor que encarna y transmite. Este es el caso de las *ideas de la libertad* entre los *liberales*; las *ideas* son experimentadas como la fuente última del progreso material, intelectual y moral y, a nivel personal, como una fuente de satisfacción y realización. Es, en gran medida, en base a su vínculo privilegiado con esta fuente de valor que los *liberales* se reivindicán -huelga decir, no de modo plenamente consciente- como portadores de cualidades excepcionales. Los *liberales* serían investidos del valor de las *ideas* mediante el cuidadoso y continuo estudio, y difusión, de las mismas -especialmente en contextos académicos-, entrenamiento que constituye un requisito para ser un “verdadero” *liberal*⁸.

No obstante, de cara a la totalidad social más amplia en la cual los *liberales* se encuentran insertos y pretenden influir, la mistificación del grupo de élite depende de la valorización de las *ideas* mismas, proceso ligado a las prácticas en la *política* y la *batalla cultural*. En la práctica, esa valorización de las *ideas* difícilmente puede ir separada de la valorización de quien las difunde y

⁸ Como contracara, en incontables ocasiones hemos observado críticas de *liberales* dedicadas a aquellos -usualmente, jóvenes libertarios- cuya formación en *las ideas* no se desprendería de la lectura y el estudio de las obras sino de “videos de Youtube”.

defiende. Es sobre su proyectada distinción intelectual y moral que los *liberales* construyen la legitimidad de sus intervenciones como grupo de élite, y la realización de sus funciones universalistas en general.

Esas cualidades de excelencia, la mística o distinción de los *liberales*, son manifestadas a través de patrones de comportamiento simbólico. Brevemente, en relación a intervenciones públicas de los *liberales*, algunas formas regulares en que es expresada su distinción tienen que ver a) el énfasis en su carácter de analistas expertos, cuyas opiniones suelen ser pronunciadas desde una posición aparentemente técnico y objetivo; b) en vínculo con lo anterior, las referencias cruzadas de *liberales* a investigaciones y reportes de otros *liberales*, de tal manera que proyectan una imagen de aparente consenso en torno a, por ejemplo, diagnósticos y políticas económicas, y con ello, de su propia sapiencia por sobre la de otros actores no *liberales*; c) la apelación explícita y frecuente en sus exposiciones a ciertos autores, lo que reflejaría su formación sobresaliente, d) el modo en que construyen sus relaciones de antagonismo diferenciándose de otros actores a los que caracterizan por su inferioridad intelectual (ignorancia o estupidez) o moral (autoritarismo o corrupción), además de la impugnación de la legitimidad misma de esos antagonistas al representarlos como resabio de un período histórico pasado.

Entendemos que estas formas ritualizadas que proyectan superioridad -especialmente intelectual- en el marco de la *batalla cultural* y/o la *política* están en relación con los procesos de subjetivación de los individuos como parte del grupo de élite. Más allá de excepciones, pareciera existir cierta tendencia de los *liberales* a relacionarse con otros actores (no solo antagonistas, sino también aliados o, incluso, con otros *liberales*) desde un lugar que podría describirse como de superioridad, o con un sentido marcado de autovalía. De hecho, en repetidas oportunidades en nuestro trabajo de campo observamos críticas a *liberales* -tanto externas como internas- que hacían foco en su actitud condescendiente o arrogante. Por ejemplo, la crítica entre *liberales* hacia el “ego” de otros individuos fue constantemente observada, al punto que probablemente todos los referentes *liberales* en *política* hayan sido acusados por otros *liberales* de tener un “gran ego” en algún momento de la investigación. Excepcionalmente formulado en estos términos, en cierta ocasión el director de un *think tank liberal* y fundador de un partido provincial expresó “los *liberales* están llamados a arremangarse y dejar de creerse que son los mejores del mundo, los que tienen las respuestas a todo”. Por otra parte, referentes más ligados a espacios libertarios -y que no pertenecen a la élite *liberal*- a menudo profesaron críticas y burlas hacia *liberales*, en las que enfatizaron la “arrogancia” y el “elitismo” de estos últimos, quienes les dispensarían un trato despectivo (ver Coto 2021).

Mientras que estas formas de comportamiento son significativas y podrán ser objeto de un abordaje más meticuloso a futuro, aquí nos interesa analizar cómo ese proceso de mistificación se vincula con ciertas formas predilectas de intervenir en *política*.⁹ En ese sentido, prestaremos especial atención a la productividad de la separación entre el dominio de las ideas y el de la *política*. Antes de proseguir, debemos clarificar la diferencia entre niveles del argumento: aquí sostenemos que la clasificación de las prácticas políticas que realizan los *liberales* entre *la batalla cultural* y *la política* es correlativa de una separación entre los dominios. Mientras que las prácticas remiten a una clasificación expresa de los *liberales* de interés para entender cómo son producidas, los dominios responden a una construcción analítica de la perspectiva nativa. Analíticamente entendemos que esos dominios tienden a ser separados y producidos como tales en las prácticas de los *liberales*, pero -más allá de algunas referencias al “mundo de las ideas”- los mismos no son expresamente apuntados por los *liberales*.

Esa diferenciación de dominios -que se insinúa en lo previamente señalado respecto de las ideas como anteriores, separadas de la acción- resulta más clara si atendemos a cómo y por qué *la batalla cultural* y *la política* son concebidas como terrenos diferenciados. Esta clasificación se basaría, según reflexionan los actores, en una diferencia esencial entre ambos terrenos: mientras que en *la batalla cultural* las ideas pueden ser perseguidas y difundidas de modo “puro”, *el barro de la política* -como suele ser caracterizado- es un terreno que implica pragmatismo. En consecuencia, en él las ideas serían realizadas de un modo negociado y, en tanto tal, distorsionado, impuro.

Como expresara Alberto Benegas Lynch (h.), en un evento de un *think tank*, sobre las incursiones en *política* de ciertos *liberales*:

“A mí me parece que estos amigos bien intencionados confunden lo que es un centro académico de lo que es la actividad política. El político tiene que acordar, tiene que negociar, tiene que usar un discurso que la gente pueda masticar y digerir (...) Tiene que adaptarse al plafón que existe para su discurso. Ahora, ¿de qué depende ese plafón? (...) Está influido por las ideas prevalentes. Todo empieza en cenáculos muy reducidos, como cuando se tira una piedra en un estanque y en círculos concéntricos va tocando distintas áreas. Recién ahí, cuando se mueve el plafón, cuando se mueve el eje del debate, el político puede usar un discurso distinto.

El político no es alguien que pueda subirse a una tribuna y decir “yo voy a decir lo que me da la gana y me importa un bledo lo que la gente entienda” porque tiene sus días contados como político. No es lo mismo que el profesor, que si asume la cátedra y dice “voy a investigar qué es lo que quieren saber mis alumnos” él sí está perdido como profesor. Son dos funciones sustancialmente distintas”.

⁹ Este planteo no involucra una relación teleológica de carácter funcionalista (por ejemplo, bajo una fórmula que indicaría que los *liberales* mantienen esa distinción *para* reproducirse como grupo de élite). Por el contrario, consideramos que dicha distinción debe entenderse como parte y producto del proceso continuo e histórico de producción y reproducción de las relaciones siempre situacionalmente ancladas por parte de estos sujetos. En las conclusiones de este capítulo incorporamos un matiz en relación a ello.

Este contraste entre el territorio del *político* y el del académico, basado en la forma en que son puestas en juego *las ideas de la libertad* en cada campo, no remite a una mera diferencia sino a una jerarquización entre distintos tipos de prácticas (Robbins 2012). En ese sentido, podemos diferenciar dos ejes en la valoración de las prácticas (y, con ellas, de los practicantes): pureza y pragmatismo. Estos dos ejes serán útiles para pensar las desiguales evaluaciones entre prácticas concebidas como moral y pragmáticamente buenas (por ejemplo, desarrollar y difundir las ideas en una forma “pura” en un contexto “académico”) y otras vistas como buenas o necesarias en un sentido práctico, pero también como moralmente peligrosas (como puede serlo la *política*). Esta formulación que aquí parece algo abstracta quedará más clara al explorar las tensiones que atraviesan el accionar de los *liberales* en *el barro de la política*.

Antes de ello debemos señalar que, más allá del esfuerzo por producir esta separación entre los dominios, en la práctica esa diferencia tiene un carácter más de grado que de calidad. Sin ir más lejos, las acciones y eventos de los *think tanks* con frecuencia están ligadas a las evaluaciones estratégicas en el campo *política*, y muchos *liberales* se desempeñan simultáneamente en ambos terrenos. Al respecto, si hasta aquí quizás hemos dado una imagen del grupo de élite más sistemática de lo que es en realidad, consideramos pertinente lo señalado por Mary Douglas en relación a que “las ideas acerca de la separación, la purificación, la demarcación y el castigo de las transgresiones tienen por principal función la de imponer un sistema a la experiencia, desordenada por naturaleza. Solo exagerando la diferencia (...) se crea la apariencia de un orden” (2007:22). En vínculo con ello, se debe tener en cuenta que interés y moral -como aspectos de la cognición- están indisolublemente ligados para los sujetos de la acción, de tal manera que la misma nunca se produce en términos de un comportamiento absolutamente guiado por las prescripciones del grupo o por el cálculo interesado, sino más bien situacionalmente bajo la forma de un “pragmatismo moralmente orientado” (Balbi 2017).

4. El barro de la política

Aquellas religiones que más han subrayado los efectos instrumentales de sus rituales son las más vulnerables a la incredulidad. Si los fieles han llegado a considerar sus ritos como medios conducentes a la salud y a la prosperidad, como si fueran lámparas mágicas que pueden frotarse, llegará un día en que todo el aparato ritual ha de parecer un simulacro vacío. De algún modo las creencias han de protegerse de la decepción o de lo contrario no podrán conservar el consentimiento de los hombres.

Mary Douglas – *Pureza y peligro* (2007: 196)

Como se puede suponer en función de las secciones previas, la apuesta por la construcción partidaria no ocupa el lugar principal en las prácticas de los *liberales* en pos de transformar la sociedad de acuerdo a sus aspiraciones. De hecho, la *política* es concebida -y producida- como un terreno inferior a aquel de las ideas. Esta inferioridad se expresa en dos sentidos distintos. Por un lado, la *política* es concebida como determinada, a mediano o largo plazo, por las disputas de ideas; es decir, estaría subordinada a un dominio que la determinaría. Por otra parte, la *política* también aparece como moralmente inferior en tanto es un territorio en que las ideas aparecen en forma impura, negociada. De esta manera, la *política* es representada como un territorio de peligro, en el cual las ideas de la libertad, el valor más elevado para los *liberales*, pueden verse ensuciadas. Como indica Mary Douglas (2007), aquello que es percibido como suciedad/impureza (encarnado en la metáfora de “barro”) remite a elementos que se presentan como amenazantes para un determinado orden, de allí su carácter peligroso para cierto grupo.

En relación con esto, nos interesa abordar cómo la intervención de los *liberales* en política está marcada por prácticas tendientes a la protección de las ideas, un aspecto relevante de la valorización de las mismas y, por lo tanto, de la mistificación del grupo. Lejos de sugerir que ello remite únicamente a un compromiso con principios abstractos, entendemos que el mismo proceso de separar “lo sublime” de las ideas de “lo sucio” del barro de la política es relevante para la reproducción de la distinción de los *liberales* y, con ello, de la existencia de estos en tanto grupo de élite. Sin embargo, tratándose la política de un territorio peligroso, aunque necesario en términos prácticos, se presenta la cuestión de cuáles son las formas en que los miembros del grupo de élite pueden desempeñarse en el mismo de modo aceptable para el grupo.

Para comenzar, es preciso señalar que, a pesar de lo dicho, los partidos *liberales* no han sido una rareza en la historia argentina. Sin embargo, las fuerzas políticas dirigidas por *liberales* en Argentina mayormente han tenido una existencia breve y, por lo general, poco exitosa. Hay dos excepciones relevantes a esto último. Tanto la Unión del Centro Democrático (UCEDE) como Recrear para el Crecimiento (RECREAR)¹⁰ lograron convertirse en terceras fuerzas en las elecciones de 1989 y 2003, respectivamente. Ambos partidos alcanzaron su apogeo en un contexto de grave crisis económica (y política), y perdieron la mayor parte de su vitalidad en los años subsiguientes, a la par que la mayor parte de sus referentes se incorporaron a otras fuerzas.

¹⁰ UCEDÉ fue el tercer partido fundado por el ingeniero liberal Álvaro Alsogaray. Además, éste dirigió en la década de 1960 el Instituto de Economía Social de Mercado, que podría insertarse como parte de la “primera ola de *think tanks* neoliberales” que señalan Fischer y Plehwe (2017). RECREAR fue encabezado por Ricardo López Murphy, economista formado en la Universidad de Chicago, de trayectoria en la UCR. Sin embargo, además de su experiencia en política, López Murphy es una figura destacada de los círculos académicos *liberales* (ver Tabla 1).

Posiblemente con algunas reminiscencias a aquellas experiencias, el contexto en que tuvo lugar la investigación resultante en este trabajo estuvo signado por una serie de factores interrelacionados que los *liberales* observaban como favorables para su participación en *política*. Entre ellos, cabría destacar a) la situación de crisis económica, b) el desgaste de las dos principales coaliciones tras una década de marcada polarización, y la mala performance económica en los respectivos gobiernos de ambas en la última década, c) el surgimiento de referentes *liberales* con visibilidad en medios tradicionales y redes sociales, d) el aparente entusiasmo de sectores amplios de la juventud con las posiciones “liberales” y libertarias, en un proceso solo comparable -y, quizás, incluso superior- a lo ocurrido en la década de 1980 (Etchebarne, 2019). De esta manera, en un contexto concebido como propicio para la intervención *liberal* en *política*, a partir de 2018 se inició un intenso proceso de creación y reorganización partidaria, particularmente fértil para la observación de las tensiones emergentes.

Sobre los caminos a seguir en la participación de *liberales* en *política*, distintas opciones fueron objeto de consideración en los espacios observados, tales como la construcción de partidos estrictamente *liberales*, la construcción de fuerzas de centro-derecha/derecha con *liberales* en roles de liderazgo, o la integración de estas fuerzas en una coalición más amplia de centro-derecha (ya como una corriente interna definida o como un “movimiento de opinión”). Estas opciones no necesariamente representan caminos alternativos, sino que pueden incluso ser vistos como etapas dentro de un mismo proceso. Así, en un clima percibido como promisorio, Ricardo López Murphy -encumbrado referente político *liberal*- llamó a competir y medir fuerzas contra la principal coalición opositora, Juntos por el Cambio, en las elecciones legislativas de 2021, y confluir luego con ella en las presidenciales de 2023 (finalmente, dicha confluencia ocurrió en 2021).

La opción de apostar por coaliciones más amplias de “centro-derecha” fue explicada con claridad por Gerardo Bongiovanni, en una entrevista a través de Instagram con el director de otro *think tank*. Allí subrayó tres procesos políticos que encontraba admirables: los gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos (1981-1989), Margaret Thatcher en Reino Unido (1979-1990), y los de José María Aznar en España (1996-2004).

“¿Qué quiero decir con esto? Que esos cambios liberales que nosotros admiramos, que yo admiro, han venido cuando los sectores liberales han logrado liderar coaliciones de centro-derecha. Cuando eso pasó, ahí se dio el milagro, ahí se dieron los cambios liberales, yo creo en ese modelo. Yo no creo en la experiencia de partidos liberales (...) Yo creo que eso no va, no va en ninguna parte del mundo, no hay partidos liberales que gobiernen, que ganen elecciones (...) Cuando los liberales nos imponemos políticamente es porque hay coaliciones de centro-derecha donde prevalecemos los liberales... y ahí vuelve el ida y vuelta con los *think tanks*, para eso los *think tanks* debemos generar un clima cultural a favor de las ideas liberales. Aquí no es el problema de que el PRO no es

liberal, por supuesto que el PRO no es liberal, pero el PRO no es liberal porque el liberalismo como opción política es una fuerza completamente marginal”.

En ese sentido, los partidos *liberales* no están separados de las redes de instituciones que aquí he presentado como la principal infraestructura de coordinación e influencia de los *liberales*. Por un lado, esas instituciones no solo sostienen diálogos con *liberales* en *política*, sino que, con regularidad, sostienen eventos con referentes de “centro-derecha”. Los principales eventos de las fundaciones *liberales* asiduamente incluyen la participación de políticos que no son *liberales* (en el sentido de que no forman parte de estas redes de instituciones ni tampoco se identifican como tales), pero que son presentados como “amigos de la libertad”¹¹. Sostenemos que este tipo de relaciones es crucial para comprender las estrategias políticas desplegadas por *liberales*.

A su vez, los *think tanks liberales* son actores cruciales del proceso de definición de las estrategias de los *liberales* en *política*. Durante el curso del trabajo de campo, el diálogo entre referentes *liberales* en *política* y las fundaciones *liberales* fue constante, con particular esfuerzo en unificar las distintas fuerzas políticas ligadas a esa corriente. Más aún, es de notar que la abrumadora mayoría de los referentes *liberales* en *política* -y la totalidad de aquellos que tienen roles centrales- están relacionados a esas redes de instituciones en calidad de docentes, graduados, miembros de consejos consultivos o académicos, fundadores o investigadores. Incluso, los partidos *liberales* suelen tener cierta fundación o instituto que participa, en un rol subordinado, en las redes de instituciones académicas *liberales*.

En diversas instancias de las actividades de partidos y *think tanks liberales* fue puesta en juego la tensión entre la pureza de las *ideas* y el pragmatismo implicado necesariamente en la *política*. Así, las prácticas y discusiones observadas en torno a la participación *política* de los *liberales* siempre estuvieron atravesadas por un doble movimiento. Por un lado, el reconocimiento o aceptación de que la *política* es, aún secundaria a la batalla de las ideas, un camino necesario para superar la decadencia argentina. Por otra parte, y simultáneamente, la *política* fue producida como un territorio de riesgo para las *ideas* y para los individuos que intervienen en ella. Más precisamente, esta forma impura de las *ideas* podría implicar un peligro no para las *ideas* en sí, pero sí a cómo las mismas son percibidas. Lógicamente, ello sería perjudicial para el grupo de élite, en tanto su mistificación está erigida sobre la valorización de aquellas. La intervención en el barro de

¹¹ En el plano nacional, la figura más frecuentemente invitada a estos eventos fue Patricia Bullrich, actual Presidenta del PRO. Previamente, Bullrich encabezó el partido Unión por Todos, luego renombrado Unión por la Libertad, el cual tenía una minoría interna liberal, formaba parte de la Internacional Liberal y fue contraparte oficial de la Fundación Naumann. Si bien los lazos de Bullrich, y la simpatía hacia ella, por parte de los *liberales* fueron públicos y evidentes, en ninguna instancia ella fue presentada como “liberal”, mas sí como “amiga de la libertad”.

la *política*, sucia pero necesaria, tensiona las creencias de grupo y pone bajo presión a la posición de sus integrantes. ¿Cómo enfrentar la ambigüedad? ¿Cómo proteger la pureza de las *ideas* de la contaminación de la *política*, tanto de cara hacia el interior del grupo como hacia la totalidad social más amplia que pretenden guiar?

Más arriba observábamos que los *liberales* suelen priorizar formas “indirectas” de intervenir en *política*. Los partidos *liberales* son una opción más bien infrecuente e inconstante, algo manifiesto en el carácter breve de dichas experiencias, al menos como objeto de un esfuerzo que involucra a una cantidad significativa de *liberales*. Por el contrario, la influencia en coaliciones de centro-derecha amplias, incluso sin constituir una corriente interna claramente definida, aparece como una perspectiva que concita mayor aprobación. Sin embargo, sería un error considerar que esta apuesta “frentista” es necesariamente la preferencia *liberal* por excelencia. Numerosos *liberales*, algunos de los cuales en la coyuntura de la investigación se volcaron por la táctica frentista, enfatizaron que el objetivo real era que el “espíritu *liberal*” flotara en la mayor cantidad de fuerzas posibles. Estas formas de intervención “indirecta” también se aprecian con claridad en la relevancia asignada a los “amigos de la libertad” en las estrategias seguidas por el grupo de élite.

De hecho, incluso cuando los *liberales* constituyen partidos políticos, estos rara vez son nominados en base a esa corriente, sino que suelen enfatizar su identidad “republicana”. En las últimas décadas, algunas de las fuerzas nacionales o de CABA (nuestro principal ámbito de investigación) ligadas a *liberales* han sido la Unión del Centro Democrático, Acción por la República, Recrear para el Crecimiento, Partido Azul, Mejorar, Uni2 (inicialmente, “Partido Nuevo”), y las coaliciones Alianza de Centro, Republicanos y Republicanos Unidos. Algunas excepciones a esto serían el efímero Partido Liberal Libertario (cuya nominación estuvo atravesada por un proceso de discusión que llevó a una fractura interna), el Partido Libertario y la coalición La Libertad Avanza, a éste vinculado¹². El contraste con la nominación de los *think tanks liberales* fundados a partir de la década de 1980 es evidente: Fundación Libertad (Rosario), Fundación Libertad y Progreso (Buenos Aires), Fundación Federalismo y Libertad (Tucumán), Fundación Club de la Libertad (Corrientes), Fundación LiberAr (Córdoba), Fundación Progreso y Libertad (Neuquén), entre otras con referencias directas a la “libertad” o a autores *liberales* y sus obras.

¹² Tal vez no sea casualidad que todas las excepciones apuntadas arriba estén ligadas a ‘libertarios’, más allá de los matices en las distintas reivindicaciones de este término. Por otra parte, en base a nuestros relevamientos, la tendencia señalada parece sostenerse a nivel de partidos provinciales. Con algunas excepciones, como el Partido Liberal Republicano de Córdoba, la mayoría de las fuerzas *liberales* no suelen llevar dicha identificación en sus nombres.

Resulta pertinente evocar la reflexión de Alberto Benegas Lynch (h.) sobre la identificación “liberal” en un partido político:

“Al muy poco tiempo, dado que la política exige acuerdos y adaptar el mensaje a lo que es al momento digerible por la opinión pública, se preguntará “¿usted es liberal del liberalismo o liberal del partido liberal?”, por lo que comienzan las confusiones (...) Otra cosa bien distinta, desde luego, es el deseo noble que el espíritu liberal flote en la mayor cantidad de partidos posible.”

De esta manera, la *política* aparece para los actores como un territorio en el que las *ideas de la libertad* son performadas en un contexto en que, necesariamente, al menos en algún grado, una forma impura, degenerada. En paralelo, en la *política* los valores que distinguirían a los *liberales* podrían entrar al “barro” como una ideología facciosa, discutible y, para peor, falible (a causa de la imposibilidad de aplicación “pura”), potencialmente socavando las bases de legitimación del grupo de élite.

La *política*, como un territorio peligroso para las *ideas*, pareciera tener especial relación con el potencial riesgo para su legitimidad de cara a aquellos externos al grupo. No obstante, la *política* es también producida como un territorio de riesgo para los *liberales* mismos de cara a sus pares.

Como reflexionaba Gerardo Bongiovanni en un evento,

“Hay una suerte de desentendimiento entre los que nos movemos en el mundo de las ideas y los que están en la política. (...) Los que están en la política dicen “esa gente no se moja”, que se mueven en un mundo de comodidad, no ponen los pies en el barro. Tienen un poco de razón. Los que estamos más en el mundo de las ideas decimos, “bueno, estos tipos se embarran demasiado, no les importan las ideas, no tienen principios, son excesivamente pragmáticos para decirlo suavemente”, y también tenemos un poco de razón”.

Salta a la vista que los cuestionamientos involucrados en este “desentendimiento” son asimétricos en su gravedad. En efecto, los *liberales* en *política* son mucho más propensos a ser criticados públicamente por sus pares: ya sea por alianzas con actores no *liberales*, por pasar de la actividad privada al desempeño en la órbita pública (lo que acarrea acusaciones de “parasitismo”), o por cierta actitud de reserva hacia las ambiciones de poder político, algo asociado a tendencias autoritarias. Así, la participación en *política* involucra una flexibilidad reducida para actuar de forma aceptable en términos de los valores de grupo. En ese sentido, en algunos eventos con *think tanks* observados, *liberales* en *política* opinaron que desde las fundaciones *liberales* eran cuestionados con demasiada dureza, reclamando márgenes más amplios para su autonomía.

A diferencia de otros contextos en los cuáles la ambición individual parece una motivación suficientemente válida para los *liberales*, la *política* parece ser un terreno en el cual precisan justificar sus acciones de modo altruista para que sea aceptable de cara a otros miembros del grupo

de élite. En cierta ocasión, reflexionando sobre la creación del partido Mejorar, Yamil Santoro planteó que su intención era “legar una institución” a la Argentina. Durante el trabajo de campo, otros *liberales* presentaron su incursión en *política* como a) un sacrificio personal temporario para superar la decadencia Argentina; b) una consecuencia de la imposibilidad de confiar en “los políticos”, por lo que consideraron necesario que los *liberales* mismos llevaran adelante las reformas estructurales que el país necesitaría; o c) más vinculable a discursos de libertarios que a las líneas predominantes entre *liberales*, un modo de destruir el sistema desde dentro. Este carácter moralmente indeseable del *barro de la política* es claramente distinto al dominio de las *ideas*, el cual lleva una carga moral positiva y en el que la participación en *la batalla cultural* es referida como una fuente de satisfacción personal.

En paralelo, los *liberales* en *política* enfatizan frecuentemente que sus ingresos están ligados a su trabajo en el sector privado, no al dinero público; esto es así incluso cuando efectivamente perciben ingresos públicos en su carácter de asesores, funcionarios o legisladores. A su vez, los cuestionamientos al respecto no faltan, sobre todo cuando existen enconos personales entre las partes.

Las críticas a *liberales* en *política* son aún más claramente expuestas cuando estos ocupan posiciones de responsabilidad. Al respecto, durante mi trabajo de campo solo vi reivindicaciones públicas de “políticos” argentinos (representados como) *liberales* relativas a figuras destacadas en la consolidación del estado-nación en el siglo xix. Contrariamente, políticos argentinos *liberales* del siglo xx rara vez fueron reivindicados. Una excepción a ello fueron algunas menciones al rol de Álvaro Alsogaray en la década de 1980 con el auge de la UCEDÉ; no así por su rol como ministro en gobiernos *de facto* o en su alianza con Carlos Menem en la década de 1990, que en general no fueron objeto de mención. Otra excepción es el aún activo Ricardo López Murphy, ministro de varias carteras durante el gobierno de Fernando De la Rúa, de muy destacada trayectoria en instituciones *liberales*.¹³

En contraposición, mucho más frecuente fue el movimiento contrario: el *desconocimiento* de figuras o procesos políticos que en la discusión pública con frecuencia son calificados como “liberales”/“neoliberales”. En ese sentido, observé reiteradas referencias a que la orientación económica de la dictadura militar 1976-1983 no había sido *liberal*, ni tampoco los gobiernos de Carlos Menem (1989-1999) o Mauricio Macri (2015-2019). Sobre ello, regularmente se enfatizó

¹³ En un curso en una universidad *liberal*, un economista dedicado a la investigación académica señaló que López Murphy como Ministro de Economía intentó bajar el gasto público y, por ello, debió renunciar tras tres días en el cargo. Así recordado, el breve paso de López Murphy por dicho ministerio parece haber sido “puro”. En las observaciones realizadas no noté referencias específicas a su desempeño en otras carteras.

que incluso si de estos gobiernos participaron individuos que “se consideraban” *liberales*, ello no es relevante porque sus medidas -al menos algunas- no lo habrían sido. Por otra parte, el rechazo *liberal* a la categoría “neoliberal” es constante, señalado como un estigma ideológico sin rigor conceptual para desacreditarles.

El *desconocimiento* de esos procesos, algunos de los cuáles no solo fueron protagonizados por *liberales*, sino que suscitaron públicos apoyos de sectores que luego los *desconocen* (i.e. Vicente, 2011), se basaría entonces en que no fueron suficientemente puros. Considero que el *desconocimiento* del carácter *liberal* de ciertas figuras puede entenderse como una práctica orientada a restaurar la pureza de las *ideas* cuando las mismas son puestas en tela de juicio en base a performances -no ideales y, por lo tanto, necesariamente impuras- que las pervertirían. Es decir, el *barro de la política* pareciera ser un terreno en el cual un *liberal* puede, incluso, perder su reconocimiento como tal.

En todo esto, incluso cuando las prácticas de *políticos* y académicos son reconocidas como sustancialmente distintas, se observa una presión de grupo en pos de un alto grado de “pureza” en la *intervención política*. Ello no solo implica fricciones respecto del comportamiento individual o las tomas de posición y alianzas, sino también respecto de la construcción partidaria misma. En muy numerosas instancias observamos referencias al *liberalómetro*, un neologismo que alude a dinámicas aparentemente características de entornos *liberales*, por las cuáles participantes de los mismos serían gradualmente desplazados hasta su expulsión por no ser “suficientemente liberales”. Cabe señalar que el grueso de nuestro trabajo hasta el momento de la escritura de capítulo fue con el partido Mejorar, el que, en contraposición con estas dinámicas presuntamente muy extendidas, se jactaba de “no medirle a nadie el liberalismo en sangre”¹⁴. Es de notar que la referencia al *liberalómetro* no remite a un fenómeno originado recientemente sino que hallamos referencias a dicho término en un debate entre *liberales* datado en 2013.

En todo caso, en el marco del intenso proceso de organización y reorganización partidaria observado, ciertos *liberales* no solo consideraron (y convergieron en) alianzas con sectores de “centro-derecha” liberal-conservadora, sino también con otros de derecha nacionalista-reaccionaria

¹⁴ Ello se vinculaba con una de las principales marcas de diferenciación de Mejorar respecto de otras fuerzas *liberales*. Mejorar era presentado como un partido pragmático, con vocación de influir en el gobierno y, en tanto tal, abierto a cualquier persona que tuviera interés en “trabajar” dentro de los principios generales de los documentos partidarios, más allá de su ideología. Sin embargo, es indispensable notar que en este aspecto había una diferencia significativa entre los principales dirigentes partidarios y el resto de los “miembros”. Mientras que las bases de Mejorar efectivamente incluían personas identificadas con posiciones “conservadoras”, “anti-peronistas”, u otras de origen radical, todos los principales referentes partidarios están vinculados a redes de instituciones *liberales*. En la actualidad, observamos una diferencia análoga en la composición de los principales dirigentes y las bases en Republicanos Unidos.

(Morresi et al., 2021). Estos procesos estuvieron marcados por fricciones que evidenciaron significativas líneas de tensión al interior del movimiento liberal (Coto 2021), algunas de las cuales aludieron al carácter inaceptable de estos acercamientos -de modo análogo a lo referido en el epígrafe de este capítulo-. Sin embargo, la mayoría de los *liberales* en *política* en ninguna instancia descartaron de plano ese tipo de alianzas (aunque en entornos restringidos reconocieran no preferirlas), basados en la excepcionalidad del contexto político. Así, un reconocido *liberal* con larga trayectoria en *política* justificaba que, dado el peligro para “la república” implicado por la deriva “totalitaria” del gobierno nacional “populista”, el momento histórico reclamaba una “actitud patriótica”, en pos de conformar un frente lo más amplio posible, que definió como una “coalición de los sensatos” cuyo único límite fuera “la honradez”. De esta manera, la construcción de un antagonista como una amenaza existencial implicaba una representación de la coyuntura como marcada por la excepcionalidad que, en tanto tal, avalaba el despliegue de tácticas y estrategias políticas en tensión con las *ideas de la libertad*.

5. Conclusiones

En última instancia, las disputas políticas tienen que ver con procesos por la definición de qué es el valor. En el caso de los *liberales* esto es muy claro: llaman a dar una *batalla cultural* contra los valores e ideas del enemigo “populista” o “socialista”, en un enfrentamiento en el cual deben triunfar *las ideas de la libertad*, percibidas como la principal fuente de progreso material, intelectual y moral de la historia de la humanidad. Se presentan, sin embargo, dificultades. A la vez que la intervención en *política* es necesaria para la consecución de sus objetivos, allí *las ideas de la libertad* -y quienes las encarnan- están sujetas a múltiples contingencias por las que podrían parecer no solo facciosas, propias del interés de ciertos sectores antes que universales, sino también falibles. En resumidas cuentas, para este grupo se trata de un terreno necesario para “rescatar a Argentina de la decadencia” pero peligroso, en el cual la valorización de las *ideas* implica esfuerzos orientados a su protección -y a la de la distinción *liberal* en ellas basada-.

En ese sentido, la (producción de la) separación entre el dominio de las ideas y el de la *política*, y su correlato en la demarcación de distintos terrenos de las prácticas políticas, tiene productividad de cara a la protección del valor fundamental del grupo. Esencialmente, la forma en que *la batalla cultural* y *la política* son diferenciadas en base a su supuesto grado de pureza habilita que las respectivas prácticas sean producidas de un modo que coordina los procesos de valorización de las *ideas* con la mistificación del grupo. Cuando planteamos la cuestión de la mistificación del grupo

de élite, es importante considerar que no solo estamos pensando en la legitimación de estos frente a la totalidad social más amplia en la que reclaman un papel eminente; este proceso también tiene que ver con el sostenimiento de la propia convicción de los miembros del grupo sobre la excepcionalidad de sus cualidades.

Así, los *liberales* no dejan de intervenir en *el barro de la política* pero tienden a hacerlo en modalidades que, de alguna manera, buscan resguardar la distinción del grupo de élite: a) participación indirecta, por ejemplo mediante apoyo a “amigos de la libertad”, y búsqueda de influir en fuerzas diversas, b) parcial borramiento de su identidad *liberal* y énfasis en su carácter republicano, c) modalidades de intervención que buscan mantener la “pureza” de las *ideas* en el *barro de la política*, con posicionamientos maximalistas y organizaciones expulsivas -a menudo, de corta vida-, d) reconocimiento de que ciertas prácticas -por ejemplo, alianzas- no necesariamente se ajustan a *las ideas de la libertad*, pero justificación de las mismas en relación a un supuesto contexto de excepcionalidad que las representaría como necesarias a un nivel más fundamental. A estos aspectos trabajados en el capítulo podríamos agregar otro tema cuya incorporación hubiera requerido un considerable desarrollo, ligado a la denuncia del accionar de los enemigos “populistas” y/o “socialistas” que se dedicarían a sabotear los intentos de los *liberales* y los frutos de las *ideas*. A su vez, a nivel personal, el accionar de *liberales* en *política* es escrutado con celo y criticado por otros *liberales*, a un punto que puede llegar a su *desconocimiento* como tales.

Mediante este trabajo nos propusimos tender puentes entre el abordaje de procesos de valorización y el estudio de las concepciones nativas de política de un grupo de élite. En ese sentido, analizamos el carácter central de la valorización de *las ideas*, intrínsecamente ligada a la de los *liberales* y la mistificación de estos como grupo de élite. Para ello resultó fundamental que previamente presentáramos aspectos elementales del grupo de élite, con el fin de comprender las prácticas políticas analizadas en un contexto algo más amplio y, a la vez, considerar en algún grado las indiscernibles relaciones existentes entre los aspectos más estrictamente simbólicos con los materiales del proceso de reproducción.

Para cerrar, y en virtud de que la presentación realizada corre el riesgo de haber presentado una imagen demasiado estilizada de las prácticas analizadas, resulta pertinente que realicemos dos últimas observaciones respecto del carácter dinámico y no mecánico de las mismas. En primer lugar, como en cualquier otro grupo, las mismas no son desarrolladas, en ningún caso, desde posiciones absolutas de interés o cumplimiento altruista de los preceptos moralmente deseables para la respectiva totalidad social; más bien tienen lugar en términos de pragmatismos moralmente orientados. Ello implica que, en la práctica concreta y situada, los sujetos puedan operar dentro de

ciertos márgenes más o menos moralmente aceptables, atento a ciertos objetivos individuales y/o grupales. Con esto queremos indicar que, por ejemplo, el *desconocimiento* del carácter *liberal* de un individuo o proceso político no es automático cuando su práctica puede juzgarse de un modo no plenamente “puro”. Por el contrario, el castigo grupal a la transgresión tiene lugar, también, de acuerdo a consideraciones instrumentales.

En segundo lugar, y en vínculo con lo anterior, debe evitarse una aproximación reificada a los procesos de mistificación analizados. Vale la pena un comentario más específico sobre esta cuestión. Como apuntamos al principio de este capítulo, en el contexto político argentino contemporáneo existen distintas fuerzas vinculadas a *liberales* en proceso de organización, entre las se destacan Republicanos Unidos (actualmente integrante de la alianza Juntos por el Cambio) y La Libertad Avanza, encabezada por Javier Milei. Previamente señalamos la relación íntima entre la valorización de *las ideas de la libertad* y la valorización de los sujetos que las movilizan, así como el carácter dinámico y pasible de ser transformado de estos procesos. En relación con ello, justamente, no pocos *liberales* señalan el lugar central de este economista en lo que perciben como el actual auge de *las ideas de la libertad* en Argentina. No obstante, nos interesa señalar que al momento de escritura de este capítulo, el espacio partidario referenciado en Milei crecientemente toma distancia de las formas y bases sociales tradicionales de la *política liberal*; de hecho, algunos actores vinculados a este movimiento en desarrollo llegan a reivindicar un “liberalismo popular”, el que contraponen al elitismo del “liberalismo galerita” de “los liberales de fundaciones”. Ello no necesariamente va en detrimento de lo aquí presentado; por el contrario, las reacciones de muchos *liberales* a estos desplazamientos se dan en las líneas analizadas en este trabajo. No obstante, como parte de un proceso abierto, y en un contexto de marcado crecimiento político de Milei y del espacio que lidera, no parece improbable que el mismo conduzca a transformaciones profundas en el ‘liberalismo’ argentino en general, incluida la élite *liberal* y las formas de intervención *política* de al menos un sector de ésta. Este caso puede servir para considerar cómo las interrelaciones entre los procesos de valorización de un individuo (hacia el interior y exterior) del grupo de élite, del objeto valorizado y la mistificación presentan un carácter dinámico, no meramente iterativo.

Bibliografía

- Balbi, F. A. (2017). Moral e interés. Una perspectiva antropológica. *PUBLICAR*, XIV(XXIII), 9–30.
- Bongiovanni, G. (2011). Passion for freedom. In C. Dyble (Ed.), *Freedom Champions. Stories from the front lines in the war of ideas*. (pp. 43–51). Atlas Network.
- Cohen, A. (1981). *The Politics of Elite Culture: Explorations in the Dramaturgy of Power in a Modern African Society*. University of California Press. <https://doi.org/10.2307/524376>
- Coto, J. (2021). *Make Argentina Liberal Again. An analysis on value, elites and political practices*. Universidad de Oslo.
- Douglas, M. (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Ediciones Nueva Visión.
- Etchebarne, A. (2019). *La clave es la libertad. El camino de la pobreza a la abundancia*. Unión Editorial Argentina.
- Fischer, K., & Plehwe, D. (2017). Neoliberal think tank networks in Latin America and Europe: strategic replication and cross-national organizing. In A. Salas Porras & G. Murray (Eds.), *Think tanks and global politics. Key spaces in the structures of power* (1st ed., pp. 159–186). Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/978-1-137-56756-7>
- Graeber, D. (2018). *Hacia una teoría antropológica del valor. La moneda falsa de nuestros sueños*. Fondo de Cultura Económica.
- Haidar, V. (2017). Batallando por la reactivación del liberalismo en la Argentina: la revista Ideas sobre la Libertad entre 1958 y 1976. *Sociohistórica*, 40, 033. <https://doi.org/10.24215/18521606e033>
- Hayek, F. A. (1949). The Intellectuals and Socialism. *The University of Chicago Law Review*, 16(3), 417–433. <https://doi.org/10.2307/1597903>
- Hayek, F. A. (2011). *The Constitution of Liberty* (R. Hamowy (ed.)). University of Chicago Press.
- Heredia, M. (2004). El Proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA. In *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura* (pp. 313–382). Siglo XXI Editores.
- Marty, A. (2015). *La dictadura intelectual populista [El rol de los think tank liberales en el cambio social]*. Unión Editorial Argentina.
- Morresi, S. D. (2008). *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Morresi, S. D., Saferstein, E., & Vicente, M. A. (2021). Ganar la calle. Repertorios , memorias y convergencias de las manifestaciones derechistas argentinas. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios Sobre Memoria*, 8(15), 134–151.
- Plehwe, D. (2009). Introduction. In P. Mirowski & D. Plehwe (Eds.), *The road from Mont Pelerin. The making of the Neoliberal thought collective*. (pp. 1–42). Harvard University Press.

Plehwe, D., & Walpen, B. (2006). Between network and complex organization: the making of neoliberal knowledge and hegemony. In D. Plehwe, B. Walpen, & G. Neunhöffer (Eds.), *Neoliberal Hegemony: A Global Critique* (pp. 27–50). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203099506>

Robbins, J. (2012). Cultural values. In D. Fassin (Ed.), *A companion to moral anthropology* (pp. 117–132). Wiley-Blackwell.

Vicente, M. A. (2011). “¿Tu también, bruto?”. Críticas liberales a un modelo liberal: el plan de Martínez de Hoz según Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce en La Prensa (1976-1981). *Question/Cuestión*, 1(32).